



# ANDEZ DE LA MORA

## añina buelita

liarte, que te van a hinchar un ojo, que luego me sales con que estaba crudo y no coció. ¡Que ya sé que eres evolucionista - mecanicista, hombre, por Dios, pero que me



vas a decir a mí! La cosa de la compulsión repetitiva y al rojo tipificado garrotazo equivalente en plan continuismo como valoración crítica y a manera de episodio ancilar. Leche, pero si es lo que yo digo. Anda, Gonzalín, entra, que te vas a enfriar con el relente, que te digo que hoy no se pone el sol de Flandes, no te preocupes. Entra y no me seas patógeno, no me pongas en la tesisura acrítica de llamar a don Julián Marías y que te casque un postulado. ¡Que a ese no le pegues, que es don Jesús Suevos! ¡Ay santo fuerte, santo inmortal! Claro, con tanto crepúsculo no se ve nada. ■ L.

## La perdigonada del cazador

**E**STE filósofo rancio que ha llegado incluso a ministro de Obras Públicas a través del Criterio de Balmes últimamente, haciendo uso de la violencia legítima, está empeñado en la ruda tarea de querer reconciliar a todos los españoles y de paso solucionar los males de Occidente. La cosa se presenta difícil mas al parecer el inclito polemista tiene para estos graves problemas una buena solución: se trata de un jarabe de palo compuesto de filosofía perenne al ajillo, mucha policía con casco y obras de cemento armado que él mismo en persona ofrece gratuitamente en raciones por medio del diario ABC. Para que esta dieta sea positiva don Gonzalo Fernández de la Mora sólo impone una condición: que todos le creamos. Si se quiere que el invento salga bien los españoles tenemos la obligación de creer que la democracia del siglo XIX está ya superada pero que la teocracia del siglo XVI sigue vigente, que Sartre está muerto pero que Donoso Cortés permanece vivo, que Vázquez de Mella era un genio y que Pablo Iglesias estaba resentido, que la izquierda es zafia e idiota y que la derecha es inteligente y productiva, que el liberalismo es una doctrina fenecida y que el absolutismo es una postura nueva y creadora, que Rousseau era más bien tonto y que Luis XV era clarividente, que Ramiro de Maeztu era un filósofo insigne y que Antonio Machado era un poeta de juegos florales. Y todo lo demás así de fácil. Si los españoles nos tapamos la nariz, abrimos la boca y aceptamos con buen ánimo que Don Gonzalo nos meta

hasta la campanilla del gañote una cucharada sopera de este jarabe medieval entonces la situación puede cambiar de repente: los españoles nos uniremos todos en apretado abrazo bajo la sombra de la Santa Hermandad y obtendremos como premio que nuestras ideologías disolventes se conviertan en fábricas de portland.

Incluso hay más. Si estamos dispuestos a someternos sin rechistar a una autoridad absoluta de derechas aderezada con escolástica los españoles nos podremos convertir todos en élite, en hombres ejemplares, en minoría selecta de modo que nos vamos a alimentar con los conceptos sagrados de patria, lealtad, obediencia, heroísmo y amor. Claro está que pertenecer a este club

cuesta una pasta, o sea, un dinero largo pero eso no es problema. Eso también lo tiene previsto y solucionado Don Gonzalo en su teoría de la violencia legítima: se coge a los demoliberales, a los marxistas y a los judeo-masones y demás ralea que no pueda, no deba o no quiera pertenecer a la raza superior de los españoles y a garrotazos se la obliga a trabajar en las fábricas, en las minas, en los pantanos, en las autopistas y en las centrales eléctricas con objeto de introducir el reinado tomista-social del Estado de Obras. Si Don Gonzalo Fernández de la Mora sigue hilando su canutillo reaccionario y se cumplieran sus designios sin duda Pinochet nos mandaría un telegrama de felicitación. Eso sería un gran honor. Creo que es para pensarlo. ■ V.

